

Biblioteca-Films

Maciste en los infiernos

N.º 118

25

cénts.



MACISTE
Elena Sangro
Paulina Polaire

Año III

Núm. 118

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

REDACCIÓN: Calabria, 96

○ Teléfono 173 - H
BARCELONA

APARECE TODOS LOS MARTES

REVISADO POR LA CENSURA PREVIA

Maciste en los infiernos

APÓLOGO AMATORIO

Exclusiva: **L. GAUMONT**

Paseo de Gracia, 66 - Barcelona

PERSONAJES

Froserpina
Graciela
Luciferina
Maciste

INTÉRPRETES

Elena Sangro
Pauline Polaire
Lucia Janussi
Batomé Pagano

ARGUMENTO DE ESTA PELÍCULA

PROEMIO

El *Genio del Mal* campea por sus respetos en la Tierra, avasallando los espíritus con la triple cadena de amor a las riquezas, el gusto a los placeres y la propensión a la independencia e insubordinación.

Para romper esos tres eslabones de la infernal cadena que amarra y esclaviza los espíritus, el *Genio del Bien* inspira a las humanas criaturas la conformidad a la pobreza, dentro de una vida modesta, la pureza de costumbres y la obediencia y subordinación a las leyes.

Esta lucha entablada entre el *Bien* y el *Mal*, entre la bondad y la malicia, entre el *ángel* y el *demonio*, es lo que ha dado margen a este cuento, a este apólogo, que tiene por escenario la Tierra entera y el Infierno, reino mitológico de Plutón.

Unos seres vivos, reales, moviéndose en un mundo conocido, son como la luz de donde debe desprenderse la moraleja de la fábula.

Otros personajes espirituales, mitológicos, imaginarios, constituyen la sombra de este cuento, que da relieve y realce a la acción y la espiritualiza.

La acción, digamos, terrestre, real, es un encantador poema de amor; la acción infernal nos recuerda aquellos lugares de terror y de amarguras eternos, descritos por el divino Dante, lugar de desolación, en cuya entrada leen cuantos tienen la desgracia de caer en él:

¡Oh, tú que entras aquí, abandona la esperanza!



Luciferina



I

Erase un ejemplar magnífico de la especie humana. Llámase Maciste. Un hombre tan fuerte como bondadoso, que está en la plenitud de su edad: treinta años.

Vive apaciblemente en su rústica casita en un pueblecito alegre no lejos de la hermosa Florencia, su patria.

Al lado de su casita, pintoresco nido rodeado de frondosidad y alegría, existe un jardín florido, que cuida con amoroso anhelo el propio Maciste.

Su carácter infantil, en el que revela su corazón sano, magnánimo y sencillo, contrasta con su terrible fuerza muscular, poco común.

Hállase Maciste en su jardín, en mangas de camisa, regando las plantas y flores, tarareando una alegre tarantela, coreado desde la enramada por los mirlos y ruiseñores.

Y mientras, cerca de una pared medianera, colindante con el vecino jardín, está regando un rosal que extiende sus punzantes ramas por entre los alambres tendidos en el muro, nota

que sobre su cabeza cae una como lluvia menuda.

Mira a lo alto.

—¡Cáspita!... ¡Transparente está el cielo y muy despejado!... ¿De dónde bajará esta agua?

Sonrió como si adivinara la procedencia del líquido elemento y, rápidamente, subió a la cima de la tapia por una escalerilla de mano que a la misma se apoyaba.

Del otro lado, también subida a una escalera de tijera, cabe la tapia, una joven de singular hermosura, esgrimiendo una regadera, hallábase en la misma ocupación que su atlético vecino.

Al verle, sonrió ella; y él, moviendo su cabeza, cruzóse de brazos, queriendo retener una sonrisa que parecía quererle escapar.

—Vecinita, ¿usted se ha creído que no estoy bautizado?

—Dispénsame, vecino, están tan altas estas pasionarias...

—¿No sabe usted, Graciela, que las plantas tienen su boca en las raíces?... Por allí beben y no por las ramas.

—Es que les daba una ducha...

—No, la ducha me la daba a mí.

—Ja... ja... ja... ¡Dispénsame, Maciste!... No le quise mojar.

—Esa risita me indica que me ha tomado usted por un cebollino o por un calabacín.

—¿Y por qué no por un clavel?

—Déjese de bromitas y admita mis buenos días... Veo que para usted ya son buenos, desde el momento que tantas ganas tiene de reír.

—¡Buenos son, Maciste, e iguales se los deseo a mi buen vecino!

—¡Qué flores tan lindas tiene usted, Graciela!... Pero, vamos, la más hermosa de su «partirre», es usted.

—Ja... ja... ja...

Y la hermosa Graciela echó a correr hasta su casita, ruborizada del delicado piropo que le dirigiera el apuesto mozo.

Llegó a la puerta y aun se volvió despidiéndose de Maciste con la mano.

Hemos dicho quien era Maciste... ¿Y Graciela?

La encantadora vecina del pacífico morador de aquel florido lugar es una joven que reúne cuantas gracias pueden hallarse juntas en una sola mujer: belleza natural, espíritu de orden, bondad nativa. Vive sola, como Maciste, y su existencia transcurre entre las flores de su jardín, las nobles labores de mano y las risas espontáneas de su juventud florida.

Pero el valor más positivo de aquella joven ideal es su bondad y virtud; y estas últimas prendas son las flores del jardín de su dicha, causa de su felicidad. ¡Graciela es feliz!

Maciste, lo propio que su encantadora vecina, vive en una dicha perfecta, y es que las mismas cualidades adornan su espíritu y su corazón.

Maciste y Graciela se aman; pero con un cariño tan espiritual y puro como la planta ama al sol, como se aman los cielos y la luz, como se aman las aves y las flores; amor so-

brenatural y divino, desprovisto de sensualidad y grosería.

Tales son y así viven ni envidiosos ni envidiados estos dos hermosos ejemplares de la especie humana; en una felicidad paradisíaca: él, representa la fuerza, la virilidad; ella, la delicadeza, el amor, la belleza.

II

Hemos dicho que vivían Graciela y Maciste sin envidiar ni ser envidiados, y decimos mal.

El Genio Maléfico envidia la virtud de estos dos seres. Y así como en la primitiva edad de la humana raza, el demonio, envidioso de la sublime dicha de nuestros primeros padres buscó a perderlos vistiéndose con el ropaje de inmundo reptil, así el mismo espíritu malo busca a perder a estas dos almas, que son en el mundo un mentís al estado general de perdición de la humana raza.

Cambiemos de decoración: bajemos a los antros infernales donde mora la eterna noche y la desdicha eterna.

Y no olvide el lector que empieza el apólogo, la fábula de la que ha de surgir, no lo dudamos, una enseñanza, una moraleja no desprovista de utilidad práctica para nuestro espíritu.

Sofñemos un instante... Despojémonos del

humano ropaje, de nuestro envoltorio mortal, y, en espíritu, descendamos a la mansión, conjunto de todos los males sin mezcla de ningún bien: ¡al Infierno!

Se abre un boquete bajo nuestras plantas y desaparecemos a la luz, al aire, a la vida. Y en vertiginosa carrera, con la velocidad del aerolito desprendido de un astro, bajamos por un pozo hondísimo hasta lo más profundo, donde nos paramos en medio de una obscuridad espantosa ante una rotonda que pisamos con horror: es una placa ígnea que despide fulgores. En ella vemos escritas estas palabras—que en un soñar como el nuestro viera también un día Dante—, palabras formadas con flamígeros caracteres:

¡Oh, tú, que entras aquí, abandona toda esperanza!

Aquella es la puerta de la sempiternal mansión, morada de toda desdicha.

Qué horror!... Un olor de azufre nos ahoga y un sudor frío, más helado que la misma muerte, nos escalofría.

La ígnea rotonda gira bajo nuestras plantas y se hunde, hundiendo nuestro ser en una hoya de fuego que nos envuelve, y la puerta se cierra y con ella *la esperanza* que hemos dejado en la parte de afuera.

Estamos en el Infierno. Seguidme, o mejor dicho, sigamos a nuestro guía.

Apenas se han disipado los densos vapores que nos rodean, apercibimos a nuestro lado un ser repugnante y repulsivo, cuya visión nos horroriza. Su cuerpo es mezcla de hombre y de animal: de cintura arriba, ser humano pa-

rece, pero, ¡qué peludo y horriblemente feísimo!; de medio cuerpo abajo, cuerpo informe de hombre con patas de cabra. Sus ojos brillan como dos ascuas en la obscuridad de la noche, de su boca surge un aliento fosforescente de una tal pestilencia, que echa para atrás. De su frente emergen dos cuernecitos retorcidos y parduscos como los de un carnero. En la parte posterior, como continuación de la espina dorsal, una cola, como la de un buey, le da el aspecto de animal. Sus uñas son más largas que sus dedos; y todo su cuerpo va cubierto de un pelo sedoso como el de una bestia salvaje: es un demonio, un discípulo de Plutón, rey de los Infiernos.

Empuña en su diestra una horca de afilados pinchos con la que nos coge y nos arrastra por inmundos y estrechos corredores, cuyas negras paredes sudan fuego que cae en forma líquida por las grietas en ellas abiertas, y por las que se agarran y corren sucias y repugnantes musarañas que nos reciben con silbidos cuyas estridencias nos rompen los tímpanos.

Andamos, andamos con pesadilla de muerte empujados por la horca del infernal personaje.

Un puente de hierro—o de lo que sea—rojo de fuego, tendido sobre un inmenso y angosto precipicio, por el que se elevan ígneas lenguas que nos lamen el cuerpo; después una pestilente ciénaga, es el lago Aqueronte, en apariencia de agua, pero que es una materia como plomo derretido. En una barca, situada en el margen de aquel lago, un mísero demonio con ojos de brasa y cabellos de nieve, espera pasaje: es Caronte, el eterno barquero. Mi repugnante

Cicerone me coge con su horca por el sobaco y me arroja sobre la minúscula nave gruñendo con infernal acento al viejo nauta:

—¡ Al reino de Plutón !

Se pone el anciano en pie, coge sus remos y conduce su barquilla hasta un boquete o túnel infecto donde se respiraba olor de azufre y pez derretida.

¡ Navegamos, navegamos en el Aqueronte !

Salimos del infecto túnel y nos introducimos por entre dos inmensas paredes tan angostas que el viejo no podía servirse de los remos y empujaba la barca agairándose a las rojas paredes que fuego respiraban.

Llegó el final de nuestro viaje y el principio de mi mayor tormento ; mayor, si cabe, que el indecible que hasta entonces sufriera.

En la orilla del Aqueronte, donde llegaba por mi desdicha, millares de genios malos de tan mala catadura como el que tan poco cortesmente me acompañara, me esperaban para mi mal.

En vilo me cogieron y lleváronme por entre horrorizante camino de fuego... ¡ Horror causa decirlo !

Allí vi seres humanos completamente desnudos sufriendo su eterno suplicio, con tales tormentos, que mi imaginación describir no puede. Allí cada pena tiene su especial castigo : así los glotones tienen, ante sus ojos, mas no al alcance de su mano, ricos manjares, mientras se retuercen de hambre voraz ; otros, eternamente sedientos, hállanse ante un caño de cristalina fuente, que mana ante sus fauces

abrasadas por una sed rabiosa, sin poder lograr calmar sus ansias ¡ Suplicio de Tántalo !

¡ Y los lascivos, y los ladrones, y los envidiosos, y... todos los pecados capitales ?... ¡ Qué refinamiento infernal de castigos tremendos, horrorosos, escalofrantes !

No sé cuanto tardé. Arrojáronme ante un trono formado, como todo lo de aquel lugar, por fuego. Era una horrible caverna de estalactitas ígneas.

En el trono se sentaba un monstruo, medio hombre, medio fiera, con cuernos y rabo, llevando una flamígera corona : era Plutón, rey de los Infiernos.

En el reparto del mundo había tocado a Plutón la peor parte, pues mientras sus hermanos Neptuno y Júpiter reinaban el uno sobre el agua y el otro sobre los hombres y los dioses, él no podía reinar más que sobre los muertos.

Plutón, rodeado de todos sus infernales secuaces que empuñaban horcas de cinco pinchos, echaba pestes contra Barbaricia, oficial superior de las huestes.

—Quiero hablar con Barbaricia—decía Plutón a Gerión, su primer ministro.

En los Infiernos, más que en ninguna otra parte, abundan los envidiosos y los rebeldes, y Barbaricia era ambas cosas a la vez.

Contaba éste con algunos partidarios, y en su manía de grandezas, llegaba a soñar con sentarse en el trono de Plutón.

Proserpina—una diablesa que de estar en la tierra hubiese hecho perder el tino a cualquier mortal—, segunda esposa de Plutón, no le perdona a su infernal marido el haberla raptado,

y para castigarle no se le ocurre cosa mejor que entenderse con todos los jefes y jefecillos del infierno, siendo ahora Barbaricia quien beneficiaba de los favores de la endiabladamente guapa Proserpina.

¡Y todos notaban que al diabólico rey le crecían los cuernos de un modo asombroso!

Plutón tenía una hija, Luciferina, tan bien formada como su madrastra y aún más hermosa que ella; pero esta linda diablesa no podía tragar la presencia de Proserpina, con quien discutía, mejor dicho, disputaba constantemente por un «quítame allá estas ascuas».

Conocía Luciferina los manejos que se traía entre manos su corrida madrastra y vigilaba sus malos pasos, algo envidiosa, por eso, de la aceptación que entre los jefes tenía Proserpina.

Como decíamos, Plutón había dado a su ministro Gerión la siguiente orden:

—Quiero hablar con Barbaricia.

Y Gerión, un demonio gordísimo, de rapada cabeza, con unos cuernos superlativos y un rabo de tres varas, cumplió tan prestamente la orden de su amo, que de pronto—en el infierno no hay tiempo, las fracciones de la eternidad no se miden—se halló ante el díscolo jefe rabudo.

—Sígueme—ordenó imperativo el astado ministro—. El rey quiere hablarte.

—¡El rey!... Ja... ja...

Y Barbaricia hizo una mueca horrible enseñando dos colmillos aguzadísimos y prosiguió:

—¿Pisar yo el suelo del palacio real?... ¿Yo? ¡Jamás!... Mis ideas no me lo permiten.

Barbaricia, por lo visto, tenía ideas ultramodernas: era republicano socialista.

—Sin embargo, Barbaricia—observó Gerión,—tus ideas no te prohíben, por lo visto, hacerle el amor a la esposa de Plutón.

—Tienes razón, Gerión... Voy a ver al rey.

¡Qué fácilmente se convence a un habitante del reino infernal!

Plutón, que conocía su cabeza y su corona, y además había olfateado algo de los manejos que se traían Barbaricia y Proserpina, había tenido una idea bestial. Su jefe tenía inquietud contra el trono y le convenía quitárselo de delante... ¿Cómo?

Lo más prudente parecióle enviarlo a la Tierra con una misión *secreta* que le iba a dar *a gritos*. Cuando lo tuvo delante, notó como Barbaricia miró, con ojos centelleantes, a Proserpina, lamiéndose los hocicos; pero disimuló y en un tono apacible, contra su costumbre, habló así:

—Barbaricia, con mi poder te doy esta balanza para pesar las almas de los mortales... ¡Ponte en marcha!... Cuando estés de vuelta, tendrás una recompensa digna de tu obra. Y si llegas a apoderarte del alma de un grandísimo enemigo nuestro...

—¿Quién es?

—¡Míralo!

Y Plutón señaló a lo alto.

Y en aquel instante se proyectó en el fondo, como en una pantalla cinematográfica, la florida morada de Maciste, que pasa su vida en un oasis de paz encantadora.

—Es es el campeón de la Virtud—añadió

Plutón—, y se llama Maciste. Vive sin quemarse al lado del fuego, puro junto a una mujer hermosa que se llama Graciela... Barbaricia, pierde a ambos y trae sus almas a este mi reino para que sean eternamente desgraciadas.

Dijo Plutón, y Barbaricia, tomando en su diestra la balanza que aquél le entregaba, escogió cinco infernales compañeros y, convertidos en seis elegantes jóvenes, son conducidos por Caronte—el demonio de los ojos de brasa y cabellos de nieve—a través de la laguna Estigia y el lago Aqueronte, hasta los linderos de la Tierra.

Barbaricia llegó, con sus cinco compañeros, a la Tierra, que apareció a los ojos del Genio del Mal como un inmenso taller o noviciado de las regiones infernales: tal era la depravación que en ella reinaba.

III

Es la hora del crepúsculo vespertino, la hora de las tentaciones.

Por el bosque cercano a la pequeña aldea donde reside Maciste, caminan seis embozados. Son jóvenes y visten con elegancia. Parecen tener prisa por llegar a la aldehucla.

Cuando al final del bosque llegan y están muy cerca del primer grupo de casas, entre las

que se cuentan las de Graciela y su vecino, uno de los elegantes caminantes se vuelve a sus cinco compañeros y les ordena escuetamente:

—Quedaos aquí... Solo me basto.

—Barbaricia—replica uno—, ¿no crees que podríamos atacar a un mismo tiempo a Maciste y a Graciela?

—¡Por las uñas de Proserpina!... Se hará nada más que lo que tengo yo dispuesto. ¿Estamos?... Quedaos aquí.

Aquellos Genios del Mal se diseminaron por el bosque, mientras Barbaricia dirigió sus pasos a la florida mansión de Maciste, cuya puerta, sin discreción abrió, presentándose ante el dueño de la casa, quien al percibir al desconocido, fué hacia él y, algo molestado, inquirió:

—¿Qué desea usted?

—Quiero hablarte.

Y Maciste notó en los ojos de aquel hombre, destellos misteriosos, un algo que le causó como una descarga eléctrica. Pero lejos de amedrentarse, le reprendió:

—Otra vez, lo menos que puede usted hacer es llamar a la puerta y esperar a que se le dé permiso para entrar.

Sonrió el recién llegado con aire de desdén, lo cual molestó a Maciste.

—Empieza a molestarme su aire de superioridad, señor... Cualquiera diría que aquí es usted el amo.

—En todas partes donde voy soy el Amo. Soy el dueño del mundo... Ten por seguro que puedo cuanto quiero, y cuanto quiero, puedo.

—¡Eso de tutearme!... ¿Acaso hemos co-

mido juntos an algún figón?... También yo, si quiero, te echaré a patadas de aquí, gracias a mi fuerza...

—Ja... ja... ja... ¡Tu fuerza!

—Ja... ja... ja... ¡Tu poder!

—¿Te ríes?

—Me río.

—Pues mira...

Y al decir esto Barbaricia señaló una rosa de un búcaro que sobre la mesa había; y prosiguió:

—¿Ves?—la rosa quedó despojada de sus pétalos—. Esa rosa que acabo de deshojar te prueba mi poder ilimitado.

—¡Oye!—... ¿No serás el Diablo por casualidad?

—Sin casualidad... Maciste, con tu loca manía de hacer el bien, te has convertido en nuestro enemigo... ¿Quieres ser nuestro aliado?... Tú mismo fijarás las condiciones del pacto... Tendrás todo lo que ambiciones... ¡Oro, placeres, libertad!...

—No, no me convences... ¡Yo no soy Fausto!

—Pero, bien, ¿puedo saber, al menos, qué es lo que pides?

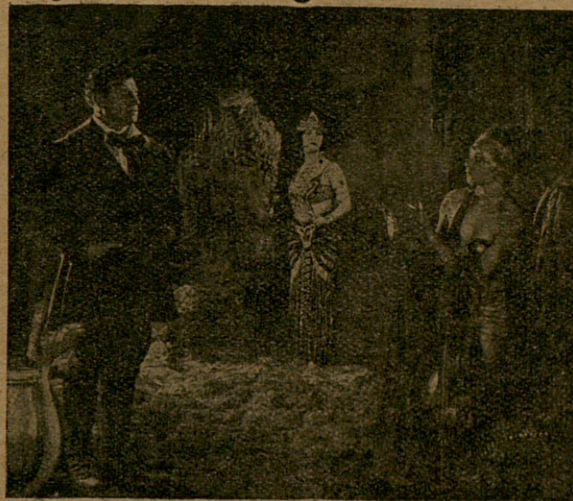
—Pido solamente que te vayas. De lo contrario, voy a tener el gusto de hacerte salir por la ventana.

—Ja... ja... ja...

—¿Te burlas?... ¡Vive Cristo!...—Y Maciste iba a arrojarle sobre el intruso.

Mas, ¿cuál no sería su estupefacción al notar que el misterioso personaje de ojos encendidos había desaparecido?

El Genio del Mal había fracasado en su maligno intento. Y cambió de táctica. Obscurece.



...y su hija Luciferina, quienes se lo disputaban

Un viento horroroso se ha desencadenado con anuncio de tempestad.

Graciela va a cerrar la ventana de su casita; mas en aquel instante, un jinete cae de su cabalgadura frente a la puerta de su jardín.

Presurosa, sale de su casa par ir a auxiliar al caído. Este parece desmayado... ¡Dios mío! ¿Qué hacer?... Su primera idea es ir a avisar

a Maciste; pero en aquel momento un transeunte llegó a pasar... Era el misterioso personaje que poco antes se introdujera en casa de Maciste.

—Señor—le suplicó la linda Graciela—, este caballero...

Barbaricia no la dejó acabar.

—Si quiere usted que le ayude le transportaremos a su casa... ¿No le parece?

—Sí, sí, gracias...

Un minuto después, el caído era colocado sobre la cama de Graciela y Barbaricia desaparecía.

Este, al salir de casa de Graciela, pensó: «Ya es mía».

El personaje que se introducía en la vida de Graciela, no era otro que Jorge, un caballero principal florentino, tan rico como hermoso, héroe ideal de una novela romántica; una creación de Musset o de Balzac, a la que no faltan, como adorno, los talégo de oro ni los rancios pergaminos: bien ha escogido el Genio del Mal al héroe conquistador de la virtud de Graciela.

Con cariñoso anhelo cuidó la joven al hermoso doncel.

Maciste se enteró del caritativo acto de su vecina y lejos de aprobarlo, la reconvino y le aconsejó se deshiciera prestamente de su huésped. Pero el poder maléfico que sobre ella influía pudo más que los consejos prudentes del vecino y sucedió lo previsto por Maciste.

Jorge quedó, en dos días, en franca convalecencia, gracias a los solícitos cuidados de Graciela.



La joven y su convaleciente enfermo están sentados en el jardín

Dentro del marco perfumado de la primavera, la juventud, el agradecimiento y la mutua simpatía van abriendo camino al amor.

La joven y su convaleciente enfermo están sentados en el pardiñ.

Jorge se siente feliz al lado de tan hermosa criatura.

Graciela, para distraer su turbación, borda.

El día es hermoso; las flores exhalan sus mejores perfumes; los pajaritos dan al aire sus trinos más canoros; la brisa, al besar las flores del tilo, bajo el que están sentados los jóvenes, hace que aquéllas se desprendan y alfombren el suelo que pisan: toda la naturaleza que los envuelve parece cantar un himno al Amor.

Jorge contempla a la hermosa que inclina su cabeza sobre la tela en la que sus dedos hacen surgir emblemas del amor: pájaros y flores.

El noble y apuesto caballero lanza un suspiro, no puede más y exhala una saeta amorosa:

—¡Graciela, qué hermosa es usted!

Ella sonríe, ruborizada; él se anima y avanza un paso más:

—¿Se ríe usted?... No se ría, Graciela... Yo la amo a usted... la amo con toda mi alma.

—¡Jorge!...

Y Graciela le dirigió una mirada como sólo sabe mirar la mujer avasallada por un impulso amoroso.

Sonó el primer beso que hizo sonreír a Barbaricia, oculto impulsador de estos anhelos.

La mujer que ofrece el primer beso a su amante le entrega en él su alma... ¡Qué poco falta para que éste tome su cuerpo!

Aquella mañana, un carro cargado con un bcoy, consignado a Maciste, se paraba ante la puerta de éste. Salió el joven.

En aquel momento salía Jorge de casa de Graciela por la puerta de la verja del jardín. Maciste se le acercó:

—¡Caballero—le dijo éste a quemarropa—, cuidado, no vaya usted a pagar con una ingratitud la confiada hospitalidad que ha encontrado en esta casa!... Graciela es un ángel de bondad, y si usted le causase el menor daño...

—¿Puedo saber—interrumpió Jorge—quien le autoriza a usted a ocuparse de mis asuntos?

En aquel momento Graciela, que había salido a despedir a su huésped, oyó las últimas palabras de su vecino y terció en la conversación:

—¿A qué viene esto, Maciste?... Pida perdón por esa violencia injustificada...

—¡Violencia!... Sé lo que me digo, Graciela, y vista tu actitud presumo que ya no necesitas mis consejos.

Era cierto, ya no los necesitaba por cuanto, días después, en el mismo lugar que sellaran ambos su amor con el primer beso, la linda Graciela manifestó al oído de su amante:

—Jorge, una nueva vida siento palpar en mí ser... ¡Voy a ser madre!

El amante recibió aquella noticia con desazón manifiesta; su semblante se ensombreció.

—Pero, ¿qué tienes, Jorge... amor mío?... ¿No te alegras?

—Sí... es decir, no sé... no tengo nada... una nube... ya pasará...

Jorge había desaparecido, dejando esta carta que produjo gran desolación a su amante:

Graciela, perdóname, tengo que partir. Graves asuntos de intereses me obligan a ello. Pero volveré. Ten confianza.

JORGE.

IV

Barbaricia y sus cinco secuaces se portaban como unos hombres. Diariamente llegaban a los infiernos grandes cargamentos de pecadores que pasaban a ser torturados según sus vicios.

Pero Barbaricia había sido enviado a la tierra con el particularísimo fin de perder a Maciste y volvió a su intento; pero todo fué inútil: aquel hombre tan fuerte de cuerpo como de espíritu era invencible; de ello se ha convencido el infernal emisario y pensó que ya que no con su alma, con su cuerpo podría, y determinó llevarle vivo a los Infiernos.

.....

Transcurrieron algunos meses, y Graciela conoció los sufrimientos y las alegrías de la maternidad.

Después de su falta, todos la han abandonado, todos menos Maciste, quien continúa prodigándole, con caritativo anhelo, los consejos de su experiencia y derramando sobre su alma atribulada el bálsamo del consuelo.



Todos le han abandonado, todos menos Maciste

Sentada estaba Graciela al lado de la cuna de su hijito, cuando, sin previo aviso, vió entrar en su casa a un hombre: era Barbaricia.

—¿Quién es usted?... ¡Váyase!... váyase de aquí!... ¡Sus ojos me dan miedo!

Barbaricia dibujó una infernal sonrisa.

—Vengo a anunciarte, Graciela, que el hombre que te hizo madre ha vuelto; pero Jorge ha sido enlazado por otros brazos.

—¡Oh!—Y Graciela prorrumpió en desconsolado llanto.

—Abandona tan inútiles lamentaciones... Eres bella, eres graciosa... lánzate en el torbellino de la vida, de los placeres...

—Vete, vete de aquí...

—¿No me escuchas?

—Vete, horrible demonio...

—Sí, tienes razón; pero tú serás mi presa.

Dijo Barbaricia y salió dando un portazo que repercutió en el corazón de Graciela con eco de mal presagio.

En aquel momento, Maciste llegó a casa de Graciela y nunca llegara con más oportunidad, pues la joven parecía desolada.

—¡Oh, Maciste, soy muy desgraciada!...

—¿Qué le pasa?

—Mi Jorge está ya aquí, pero nunca más volverá a mi lado... ¡Todo ha concluido!...

—Pero, ¿quién le ha dicho a usted eso?

—Un hombre siniestro que acaba de salir... Para mí es el demonio.

—¡Ya!... ¡Si vuelvo a encontrar en mi camino a ese pájaro de mal agüero, hombre o demonio, le retorceré el cuello... En cuanto a ese canalla de Jorge, voy a cantarle las cuarenta... Voy a su casa.

Maciste va, en efecto, a casa de Jorge, quien tiene olvidada a Graciela y a su hijo. Convéncele de que se debe casar con su amante, y Jorge, que primeramente se negara a ello, aca-

ba por comprender las razones de Maciste y le promete casarse con la madre de su hijo.

Entre tanto, Barbaricia, para lograr la desesperación de Graciela, le esconde su hijo y hace creer a la joven que el fruto desdichado



...contemplando con curiosidad los raros y extravagantes suplicios que allí sufrían los condenados

de sus amores con Jorge ya no existe; pero la linda amiga de Maciste acude a éste, y no en vano, pues su forzado vecino no sólo le devuelve al hijo, sino también la paz y tranquilidad de espíritu, juntamente con la promesa de su pronta unión legal con su marido.

Todos estos bienes obtiene Graciela de su buen amigo, y además el mayor de todos el haber vencido en lucha con el Espíritu del Mal, del cual libró a la joven.

Pero... ¡oh dolor!, Barbaricia, para vengarse de Maciste, lleva a este en vida a los Infiernos.

Siguiendo el camino recorrido al principio de esta fantástica narración, llega Maciste, en vida mortal, a los Infiernos, contemplando con curiosidad los raros y extravagantes suplicios que allí sufrían los condenados.

Una ley infernal ordena que ningún ser vivo puede permanecer más de tres días en el reino de Plutón, a menos que no sea besado por alguna diablesa.

Todas las diablesas se prendaron del atleta y sobre todo Proserpina y su hijastra Luciferina, quienes se lo disputaban.

Este amor de las dos demoniasas por Maciste hizo rechinar de dientes a Barbaricia, que juró vengarse del desdén de Proserpina en la testa coronada de su esposo Plutón.

Proserpina logra dar un beso a Maciste, y en aquel instante el atleta queda convertido en un demonio con cuernos y rabo.

Acusada Proserpina de su amor con Maciste se ve el atleta obligado a casarse con la hermosa diablesa.

Desde entonces ésta ya no abandona a su nuevo esposo, sobre quien vela constantemente hasta cuando reposa.

Barbaricia se venga de Proserpina, a quien ama, promoviendo una rebelión de sus parti-



...a quien vela constantemente hasta cuando reposa

darios contra Plutón. Pero Maciste, con su fuerza hercúlea, hace polvo a los ejércitos barbarianos, causando la admiración de los atlántes de Plutón.

Por su hazaña, éste quiere nombrar rey de los Infiernos a Maciste; mas el vecino de Graciela, causado de aquellos lóbregos lugares, pide al rey Plutón la gracia de que le deje volver a la Tierra. Proserpina protesta inútilmente; pues su primer esposo accede a la petición y, por arte de birlibirloque y por un acto de la voluntad de Plutón, vióse Maciste convertido en hombre y situado delante de la puerta de su casa.

¡ Todo había sido un sueño !

V

Ha transcurrido el tiempo en la Tierra. La nieve ha tejido un manto de armiño con el que cubre la pequeña aldea.

¡ Media noche !

Las campanas de la iglesia parroquial entonan un himno de amor y de paz... ¡ Es Navidad !

El niño de Graciela y de Jorge ha crecido: es el único que en la gran pizarra de la vida marca el tiempo transcurrido.

La madre cariñosa le despierta para ir a la misa del gallo y, después de vestirlo, el niño

se arrodilla, y con las manos juntas, hace esta oración:

« Buen Niño Jesús, te recomiendo en este día mi mamáita, mi querido papá y el buen Maciste, que me salvó la vida... »

— ¡ Ya estoy aquí ! — pronunció Maciste penetrando en casa de la feliz familia.

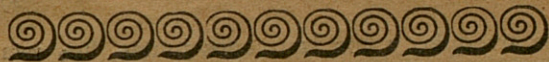
— ¡ Oh, Maciste ! — clamó Graciela —. ¡ Le creíamos muerto !

— ¡ Qué alegría, qué felicidad ! — dijo Jorge.

Y el carillón de la vieja parroquia continúa dando al aire el alegre canto:

¡ Gloria in excelsis Deo et in terra pax hominibus bonae voluntatis !

FIN



Núm. 119 - **BIBLIOTECA FILMS** - 4 de Mayo

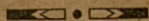
Triste aventura

Es ley de naturaleza que cada ser busque su medio. Pero ¿dónde hallar la felicidad?...
¿Entre los hombres civilizados, esclavos de ruinosas pasiones o lejos de aquéllos?...

Esta es la tesis de esta novela.

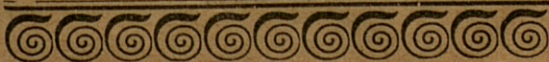
Por los artistas :

Anita Stewart, Bert Lytell
Huntly Gardin



Postal: *Jobyna Ralston*

25 céts.



¡Ya está en venta!

el décimo libro de

Films de Amor

la romántica novela

La Princesa que amaba al amor

Poema fantástico-burlesco de **Sem Benelli**

por los eminentes artistas italianos

ITALIA ALMIRANTE MANZINI

ALBERTO COLLO

Aníbal Bertrone Oreste Bilancio

50 céntimos

¡ÉXITO!

¡ÉXITO!

Biblioteca Infantil

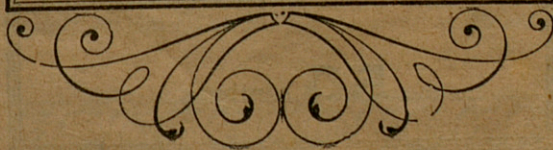
PRIMERA NOVELA

RIN-TIN-TIN GUARDA FARO



CONSTARÁ DE 4 CUADERNOS

10 céntimos cuaderno



BIBLIOTECA FILMS

« Film » de la supremacía »

El movimiento se demuestra andando

El éxito de las publicaciones, se demuestra con
la reimpresión verídica de nuevas ediciones.

COLECCIONISTAS

Ya están en venta algunos de los títulos preferentes
y que estaban agotados: 25 céntimos volumen

- Núm. 2 No se fie de las apariencias
» 30 Como aman los hombres
» 36 El regreso de Cyclone Smith
» 39 ¡ Viva el Rey!
» 44 ¡ Vela'ás por tu hijo!
» 46 Amor que vence al amor
» 48 Toni-Malacara
» 55 La novia del legionario
» 71 El Chico
» 74 Judex
» 75 La nueva misión de Judex
» 87 Avaricia.

Pídalos en los principales quioscos, librerías y puestos
de venta de toda España.

COLECCIONISTA BIBLIOTECA FILMS y FILMS DE AMOR

adquiere usted:

Las mejores novelas cinematográficas

Los mejores y más selectos asuntos

La mejor literatura Los mejores artistas

Si desea V.I. nuestro catálogo, o bien le falta algún título,
pídale hoy mismo a:

BIBLIOTECA FILMS, Calabria, 96

Despachos números 1 y 4 - BARCELONA

Solicitamos Corresponsales